

Tiempo y espacio en la historia primitiva

por

Julián San Valero Aparisi

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de la Universidad Central



La Prehistoria, como cuestión de principio, no de nombre, debe ser considerada Historia Primitiva. La Historia la escriben los historiadores, pero la hacen los hombres, y hombres eran quienes dejaron los bulbos de percusión en las lascas clactonienses y quienes conformaron raederas en un núcleo de sílex. Mucho más quienes pintaron bisontes en Altamira, caballos en Lascaux o jabalíes en El Parpalló.

Ahora bien, estas gestas de nuestros más remotos antepasados tienen, como hechos históricos, dos determinaciones previas imprescindibles, que son el espacio y el tiempo.

El tiempo es el caballo de batalla de la arqueología prehistórica y por él, por la cronología, se han reñido las batallas más ásperas. No sólo en las revistas han corrido ríos de tinta como consecuencia de los varapalos eruditos que los historiadores se propinan, sino que en los congresos científicos las cuestiones de cronología han dado ocasión a polémicas desorbitadas.

Afortunadamente va llegando la ocasión de dejar a las furias tranquilas en sus recovecos y espero que la juventud que se incorpora a la ciencia de la Historia Primitiva sustituirá los personalismos por el cultivo serio de la investigación, y en vez de agriar las amistades con el vinagre de la intuición, se dedicará a aportar datos firmes, metódicos y científicos a la nueva ciencia de la Fisiocronología, que ha de poder facilitar certeramente datos ciertos a la cronología prehistórica.

Aunque no es ocasión de detenernos en ello, vale la pena dejar los motivos de discordia para otros y tener la humildad científica necesaria para acatar las indicaciones de quienes aseguran para la tierra datos de más de 1.500 millones de años, basándose en estudios sobre la descomposición de los elementos radioactivos.

Hemos de acatar que el sistema de las glaciaciones establecido de hace tiempo por Penk y Brückner entre otros, dándonos cifras de unos 600.000 años,

debe someterse a determinaciones astronómicas que, como las curvas de Milankovich o las rectificaciones que se le impongan, registran las fluctuaciones climáticas de la radiación solar, en virtud de las variaciones de la órbita terrestre, del plano de la eclíptica y de las desviaciones del eje de la Tierra.

Hemos de acatar que la geocronología de 18.000 años establecida por De Geer a partir de 1912 tiene una certeza en años que no puede discutirse con apreciaciones estilísticas sobre la configuración de los buriles.

Hemos de acatar la secuencia cronológica que, en relación con los anteriores sistemas, nos ofrecen las terrazas fluviales y marinas, con sus diferencias de nivel, así como los pluviales; extremos que podrían estudiarse y no se investigan en España (las terrazas del Miño han comenzado sólo a ser estudiadas por Lautensach).

Hemos de acatar que los análisis de polen, cuando hay diagramas botánicos de una comarca, tienen más exactitud que nuestros sistemas preconcebidos sobre un ritmo progresivo cultural.

Hemos de acatar —cuando se haya realizado el debido estudio— los resultados del método de anillos arbóreos de Douglas, que ha permitido registrar en fechas de años la cronología de los indios precolombinos.

En suma, el prehistoriador tiene tarea suficiente haciendo la historia de los hombres primitivos, analizando su economía, sus quehaceres industriales, sus progresos técnicos y sus manifestaciones espirituales y artísticas. Luego si las técnicas fisiocronológicas escapan a nuestra especialización, dejemos que la ayuda nos venga de otros colegas científicos. Pero comprendamos que está completamente desprovisto de sentido que riñamos batallas por un milenio en más o en menos, si una técnica más depurada puede afirmarnos mañana que la Edad del Bronce corresponde a una etapa de humedad que astronómicamente se sabe que se produjo exactamente en torno a 1500 años antes de Jesucristo.

Pero hay otro aspecto que el historiador tiene a su cuidado y es la determinación especial de los fenómenos culturales.

La más ligera atención etnológica nos alecciona que la primera misión del etnólogo es, una vez aislado el fenómeno que va a estudiar, el delimitar el área geográfica y el núcleo humano —renuncio deliberadamente a decir la raza, porque la reducción cultura=raza no es históricamente cierta— en que aquél se da.

Pues bien; en Historia Primitiva, en la que por faltarnos los «héroes» tenemos que hacer Paletnología, si no queremos hacer anticuarismo, las culturas están o van estando delimitadas merced a las exploraciones intensas.

Cuando no hay diferencia cronológica las culturas diferentes son indicios de zonas diversas en la misma época, y, por tanto, el estudio de las relaciones

de aquéllas nos indica el rumbo de los influjos. Esta determinación de zonas debe señalarse en la cartografía y éste ha sido el intento mío que voy a mostraros.

En la cartografía —y esto sirve lo mismo para la Historia que para la Prehistoria— caben muchas formas de expresión. La más simple diferencia consiste en dar un mapa de un momento —*fotografía histórica*, diríamos— con los nombres que sirven de localización de los hechos, o dar un mapa de una época, es decir, de un período de tiempo en que por darse un fluir histórico hay que hacer una *película histórica*.

No niego que este último sistema de *cine mudo* tiene mi preferencia y más si se puede emplear el *film technicolor*.

Con este medio he realizado los mapas de la Historia Primitiva que vais a ver.

Suprimidos los héroes por la criba del tiempo, he querido reflejar las masas prehistóricas, pero no estabilizadas —he suprimido, como veréis, los yacimientos «héroes» también—, sino en movimiento.

Como mis mapas tienen un móvil docente y mi lápiz, afán sintético, aunque no pretensiones definitivas, las flechas sustituyen las teorías de nombres. Quede la recopilación de éstos para la investigación, la palabra del maestro, las páginas del libro y la memoria del alumno. Para la comprensión de la Historia Primitiva basta el recuerdo del rumbo.

Y he aquí los mapas a que me refiero, que esperan vuestra crítica.

(Se proyectan a continuación los mapas 1 al 8 del *Atlas Histórico Universal*, Madrid, 1946, de que es autor el comunicante. A cinco tintas, representan: Los glaciares en Europa, el Paleolítico inferior, el Paleolítico superior y el Mesolítico, culturas neolíticas europeas, expansión europea del Neolítico, poblamiento prehistórico de América, Europa en la Edad del Bronce y Europa en la Edad del Hierro.)

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)